

fos nacidos vieron sin horror que se trocaba el misero mortal, á tantas debilidades y á tantas miserias sugeto, en verdadero Dios.

Tras tales ofrendas y holocaustos no le faltaba más que la divinización á Octavio. Algunos ánimos de superior temple, como Dion Casio, se corren al contemplar tamaño envilecimiento, y lo imputan sólo á pueblos orientales, ya del Asia Grande ya del Asia Menor. Dion Casio nos engaña y engaña á sí mismo torpemente. La tristeza, engendrada por los espectáculos tristísimos que da con sus excesos al mundo la tiranía, se aumenta pensando cómo los ánimos del primer orden y los genios cuasi divinos de la historia concluyen por contagiarse del general envilecimiento y ponen su gloria como el misero indio en vil cerviz bajo las ruedas pesadísimas del carro donde llevan al ídolo para que los aplaste y los hunda. Horacio perteneció al partido republicano, llevando su fidelidad hasta pelear por la república en los nefastos campos de su rota y de su muerte. Bueno que tirara escudo y lanza en la huida; poeta, Naturaleza le dotó del instinto necesario para conservarse largo tiempo y encantar al mundo, que hasta un egoísmo refinado se comprende y excusa en los genios venidos á esclarecer é ilustrar nuestra especie. Pero no debió tirar su nombre y su gloria, escribiendo, por un pedazo de pan que le procurara Mecenas, aquellas alusiones en el cántico secular á Octavio, confundiéndolo é identificándolo, como quería su desvarío, con Dios tan inspirado y luminoso cual quien representa la poesía, y la ciencia en los antiguos Olimpos y entre los pueblos clásicos. Para su desdoro eterno, para su eterno deshonor, los primeros poetas del mundo romano llamaron Dios á Octavio vencedor, como pudieran llamarlo vilmente los gréculos esclavos de la envilecida Éfeso. Todavía Cátulo, como Tito Livio, salvan sus nombres inspirándose con amor en los sentimientos republicanos, el político y el poeta satirizando con fortuna y con empeño á César. Pero Propercio, y Ovidio, y Horacio, y Virgilio, genios inmortales que debían brillar como soles en el cielo de la humana libertad, aparecen atletas encorvados y humildísimos, sustentando sobre sus hercúleas espaldas el patíbulo afrentoso de la humana conciencia, el templo nefasto de la cesarista tiranía. Náuseas provoca Ovidio cuando en aquella cuarta epístola pontina, dictada para consuelo de su mujer desde las siniestras playas del destierro, después de referirle cuánto ha envejecido, no á los años, sino á los desengaños, y cómo las canas blanquean su cabeza, las arrugas surcan su rostro, las ruinas de sus fuerzas rodean su cuerpo, y el deshojo de sus ilusiones cae sobre su alma dolorida, libra toda esperanza en César, á quien llama en su envilecimiento un Dios. Los maravillosos hexámetros de Virgilio, que abren é inauguran el tercer libro de sus *Geórgicas*, acrecientan su vileza con su hermosura. ¡Cuál melancolía tan suave y melodiosa como la más tierna y profunda é íntima de nuestros poetas líricos, aquella que siente por la extinción de todos los antiguos ideales poéticos, llorados en lamentaciones y elegías de primer orden! Ni Delos tan hermosa, ni Latona tan idolatrada, ni el niño Helas, ni Pelops célebre por sus

ebúrneos hombros, Pelops, el intrépido domador, inspiran ya versos á los poetas, quienes necesitan descender de las cimas del Helicón para llevar á Mantua las palmas del Idumea, erigiendo marmóreo templo en las verdes campiñas, donde serpentea entre céspedes el Abincio, á la gloria de César. Con cuál complacencia describe luego la pompa del vencedor, vestido con resplandeciente púrpura tira y en cuya honra dirigía con su látigo él cien hermosas cuadrigas, obligando con su voz á los griegos en su personal gratitud y haciéndoles abandonar las riberas del Alfeo para ir, la frente coronada de oliva, en busca del premio y en oferta del holocausto, como un sacerdocio del divino y omnipotente vencedor. Y para más realzar todo esto, contraponen las fiestas triunfales que ha presenciado él mismo en la vuelta de Octavio desde Alejandría, la pompa solemne y gozosa, los holocaustos y sacrificios llenos con bueyes inmolados, los cuadros donde se pinta un montón de britanos vencidos que parecen hasta en pinturas avergonzarse de su ignominia, las puertas sacras de marfil y oro donde constan las esculturas representando las victorias conseguidas en el misterioso Nilo, el vistosísimo intercolumnio formado por las proas arrancadas á las naves rotas y puestas ya en forma de pilastras, los trofeos traídos por la victoria desde un mar á otro mar, el mármol de paros avivando en estatuas los descendientes de Júpiter, entre los cuales resalta Octavio alzado sobre la cerviz del género humano como un Dios que resplandece y truena sobre las aras de sus altares en lo más litúrgico y sacro de sus templos. Así, con tales adulaciones los romanos, más vencidos todavía que los extranjeros, pues mientras perdían tan sólo éstos la libertad, ellos perdían la libertad y la honra, divinizaban, suicidas del alma, suicidas del honor, al tirano soberbio y omnipotente.

¿Quién podía oponerse á un déspota que daba pan, espectáculos y tranquilidad al pueblo? Él satisfacía su hambre con pan ricamente amasado; apagaba su sed con agua llamada virgen y con vino pisado en los primeros lagares de Italia. Ciento cincuenta y seis termas levantó su providencia, destinadas no solamente á refresco, y recreo, y limpieza del cuerpo, sino también á recreo, y gozo, y alegría del ánimo. Los juegos duraban meses. Barberos traídos de lejos afeitaban gratis al pueblo. En los circos llovían sobre las manos de los espectadores billetes lotéricos, donde constaban premios consistentes en jamones, trajes y hasta dinero. Así construyó como paseo el pórtico de Octavio. Todavía quedan algunas columnas de pie que asombran al viandante. Allí estaba la Venus de Médicis; allí el Amor de Praxíteles; allí los mejores cuadros de Antífelo. En sus anejos reuníanse bibliotecas para ilustrar al pueblo, salas ó curias para reunir al Senado. Pero lo que principalmente resplandecía en aquellos instantes era el templo de Apolo, elevado al dios en que veía Octavio su protector y su modelo. Eriéndolo creía cumplir un voto de su antecesor Eneas al dios que fuera como escudo fortísimo de Troya y contrastara tantas veces la fuerza del destino y los decretos de Júpiter.

Gran Pontífice Octavio, había pegado el templo de las vestales á su casa como una especie de harén espiritual ó religioso, y había puesto los dioses mayores en el recinto doméstico cual pudiera poner los gallos y gallinas en su corral propio. Pero sobre todo, el templo de Apolo recordaba su tiranía y su victoria. Espaciosas y numerosísimas gradas á él subían; trofeos guerreros ornaban sus puertas; bajorrelieves arcaicos, anteriores á Fidias, resaltaban en su frontón, cien columnas de mármol húmeda sustentaban sus bóvedas; entre columna y columna veíase majestuosa y armoniosísima una serie de cincuenta estatuas que representaban las Danaides; cuatro vacas talladas por Mirón en mármol pentélico sostenían ara y altar; el dios llevaba un traje rozagante oriental y pegado á hermoso cuerpo y una lira de poeta y músico entre sus manos; en la cola resplandecía un aureo candelabro llevado á Cymo desde la Tebas egipcia por el vencedor Alejandro; en todas partes brillaban trípodes argenteas, portadoras de cazoletas despidiendo misteriosas esencias y sartas de pedrería deslumbrando la vista: todo con tal arte y tal esplendor, que semejaba un soberbio y colosal Olimpo como pudiera soñarlo en sus delirios la más exaltada poesía. Magnífica ceremonia en Roma la dedicatoria de un templo á los dioses. En aquella previsora legislación romana preveníanse las particularidades litúrgicas de tal acto solemnísimo: No todos los romanos eran de suyo aptos para la consagración del templo. Tal honra se vinculaba en generales y cónsules tan sólo. Pero estos mismos generales y estos mismos cónsules, aunque tenían su derecho escrito en los códigos y en las costumbres, dado el carácter parlamentario de Roma, necesitaban para el instante solemne y para la consagración concreta públicas autorizaciones, ya del Senado, ya del pueblo. Julio César consagró en persona el templo de Venus Xenitrix, y Octavio consagró en persona el templo de Apolo délfico. Un edicto convocó al pueblo para la ceremonia; una procesión, en la cual iban flámenes y pontífices menores, partió del palacio cesáreo al templo divino; el emperador, enteramente solo, subió la gradería del peristilo llamando á un sacerdote desde allí que le comunicara las viejas fórmulas sacras de una dedicación litúrgica; hasta que, al fin, penetró en lo interior, y tocando antes la puerta en señal de que se abría tan sólo á empuje de sus manos, y poniéndose luego de rodillas, marchó así hasta el ara, donde prometió con voz entera y clarísima un culto al dios como nunca lo gozaran mayor los tradicionales dioses de Grecia y Roma. Todas estas particularísimas comedias sacras, que representaba con tanto arte y ciencia el nuevo dictador en el magnífico escenario de Roma, tenían por objeto disminuir los derechos y poderes del pueblo, acrecentar los derechos y poderes del imperio. Como las compensaciones al antiguo régimen republicano, tan querido por la ciudad, se hallaban todas en los goces tranquilos de una paz perpetua Octavio, cerró el templo de Jano. Sucede con la religión lo mismo que sucede con el arte y la literatura. Transmitida por Grecia, carece de propia originalidad. Pero esta ley tiene varias excepciones, y entre las varias excepciones hállase la

divinidad tradicional de Jano, completa y absolutamente romana. Nunca lo llevó á Roma, Numa, el rey sacerdotal por excelencia, el teurgo maravilloso. Los reyes en persona gozaban el derecho personalísimo de ofrecer sacrificios á Jano; y cuando la Monarquía se derrumbó, proscribiéndose por consentimiento unánime la palabra Rey hasta en el vulgar lenguaje, quedó, por privilegio excepcional, un Rey de los sacrificios, exclusivamente para ofrecer holocaustos á Jano. Este dios masculino correspondía con la divinidad femenina de Diana. Y cual Diana reina por la noche, Jano reinaba por el día. De aquí su correlación estrecha con las puertas y su carácter litúrgico de portero. El sol abre las puertas de nuestro día. Y también las cierra. El Oriente y el Ocaso ¡ah! se corresponden como la muerte y la vida. Por tanto, el dios tiene dos caras, una que se dirige al nacer y otra que se dirige al morir del sol. Nosotros no podemos pasar indiferentes en presencia de todos estos recuerdos, los cuales penetran como tuétanos en los huesos de nuestra vida orgánica y se mezclan como palabras verdaderamente sacramentales en las fórmulas de nuestra lengua vulgar y materna. Jano abre aun nuestras anualidades; de Jano se llama *Januarius*, primer mes, Enero, como el octavo de Augusto se llama hoy Agosto. Lo cierto es que las puertas de la ciudad y las puertas de los mercados se hallaban consagradas al dios, y según una tradición, su templo principalísimo, levantado sobre la colina del Janículo, necesitaba tener las puertas de par en par francas, á fin de que penetraran por ellas las oraciones y los votos del guerrero romano perdido en cien hercúleos combates. Desde los tiempos de Numa sólo dos veces las puertas del santuario se habían cerrado. En el año 725 Roma decretó que Octavio podía cerrarlo por la tercera vez. Aunque aun por las regiones boreales el imperio sostenía escaramuzas con tribus tan bárbaras como la sueva; y en las regiones del Mediodía Occidental no acaba por completo de vencer y sojuzgar á nuestros cántabros y nuestros vascones, Octavio se apresuró á cerrar el templo, consiguiendo así un privilegio que sólo dos romanos podían desde los tiempos legendarios ó históricos disputarle con algún fundamento.

Así las églogas virgilianas, prometiendo una paz perpetua, descendían á la realidad; y Octavio aprovechaba estas coyunturas propias para, como decimos de manera gráfica en habla corriente, redondearse y redondear su autoridad suprema. Ninguna hipocresía recuerdan los anales tan fina y redomada como la hipocresía del dictador para quedarse con todos los poderes en absoluto, salvando todas las apariencias con escrupulosidad. Continuaba la República de nombre y hecho. Había cónsules periódicos y dobles, tanto que Agripa compartía con él esta dignidad. La Cámara senatorial permanecía, y con todas sus prerrogativas y con toda su grandeza; mas, como subiera el número de senadores á novecientos, deseando con anhelo disminuirlos Octavio, redujolos á seiscientos para lo cual no hubo menester violencia ninguna, pues limitóse á nombrarse á sí con buen acuerdo censor y notificar á los enemigos del imperio, devotos de la república y de la

libertad, como cargo tan eximio, cual su senaduría, resultaba en los registros de la censura moral, por él á conciencia vistos, incompatible con sus ligeras costumbres. Purificada ya la tradicional Asamblea, donde sólo quedaron la mitad y alguno más de sus individuos; hecho el recuento de sus ciudadanos, y sabedor Octavio de como á la sazón cuatro millones había dentro y fuera de Roma; consagrado el nuevo templo de Apolo; repartidas donaciones cuantiosas entre pueblo y ejército, recurrió á la estratagema de resignar poderes aquejados por completo de la amovilidad republicana. No hay para qué decir cuán cierto y seguro se hallaba de la respuesta. Pueblo, Senado, ejército, magistratura, sacerdocio, cayeron á sus plantas y le demandaron la continuación de su gobierno. Entonces Octavio se llamó emperador. Tal título cuadraba sólo al general en jefe con mando de guerra. Y así duraba tanto como el cargo. Pero César se le arrogó de por vida y Octavio imitó á César. El título, extendido de los militares á los ciudadanos, traía una ventaja grandísima para el ejercicio del poder supremo, dilataba la obligación del juramento militar á todos los ciudadanos. Ya emperador de por vida, necesitaba Octavio apellido nuevo que añadiese prestigio singular á su autoridad. Rey no podía llamarse, dado el horror de Roma y los romanos á ese nombre. Tampoco podía llamarse dictador, pues implicaba tal título una candorosa confesión impropia de su habilidad y destreza. Él necesitaba nombre que nadie hubiese llevado y le prestara lustre particularísimo en el espacio y en el tiempo. Como rechazara los dictados, ya dichos de dictador y rey, rechazó el nombre de Quirino, por demasiado religioso, y el nombre de Rómulo por demasiado histórico. Además, llamarse Rómulo equivalía de suyo á llamarse rey, cuando pugnaa Octavio porque los romanos aceptarantla monarquía sin perjuicio de rechazar su nombre. Tras mucho buscar, encsntró el apellido ya legendario de Augusto. Nadie lo había llevado en Roma. Pero este adjetivo, con el cual jamás calificaran los romanos persona ninguna, sirvió de antiguo para calificar los objetos más excelsos y sacros. El rito se denominaba en su habla clásica y corriente augusto; los templos eran augustos para el pueblo; derivado tal nombre de augurios y de augures, completaba la divinización del emperador, puesto que confundía sus apellidos y cognómenes propios con el apellido y cognomen de Júpiter. Luego, augusto provenía del verbo latino *augere*, que quiere decir aumentar ó aumento. El más castigado y más adulator de todos los poetas latinos, Ovidio, nos deja en sus *Fastos* unos versos explicativos de la palabra y su elucidación. «Nuestros padres, dice, llamaron augustos á los objetos sacros, augustas llamaron á las aras y á las demás cosas litúrgicas indispensables á las divinidades en los templos; de tal buen agüero depende la virtud originaria de tanto nombre, porque si en Júpiter indica el aumento de su obra divina, en el jefe nuestro indicará el aumento de sus años y de su imperio.» No puede con claridad y exactitud mayor que la exactitud y claridad usadas por Ovidio, clasificarse la etimología de Augusto. Llamóse, pues, César Octavio, augusto emperador é imperator. Este nombre de

César aun resuena en nuestros oídos siniestramente y aun expresa una enfermedad interior de pueblos tan ilustres como alemanes y franceses. César se llamó Carlos V; César se llamó Carlo Magno; César se llamó Napoleón Bonaparte. Aunque allá en el siglo tercero de nuestra era, lo abrogó un emperador, y aunque solamente lo llevaran con una especie de propio derecho los Césares pertenecientes á la familia del colosal dictador, todavía se llama Kaiser el monarca de Austria; todavía se llama Czar el monarca de Rusia; y kaisereres y czares derivan su nombre de los Césares de Constantinopla, quienes, á su vez, lo derivaron de los Césares de Roma, como los Césares de Roma, por su parte, lo tomaron de César y de Augusto.

Los partidarios contemporáneos de la monarquía tradicional, repugnan el reconocer á la institución, por ellos adorada y puesta entre las instituciones religiosas, un origen puramente pagano. Y sin embargo, nada más cierto que tal origen. La monarquía no está entre los frutos y los timbres del cristianismo; este dogma nace de vencidos, de siervos, de profetas, de tribunos, de videntes, los cuales se asociaban en el desierto para fundar una sociedad espiritual, enemiga por completo de todos los privilegios y sin más rey conocido, que nuestro Eterno Padre que está en los cielos. Asiática la monarquía, puramente asiática, pudo transformarse al tocar en la Fenicia. Pero nunca desmintió su origen, nunca desmintió en su organización propia y en sus bases fundamentales, que proviniera del viejo continente, donde nacieron las antiguas castas y los tradicionales privilegios. Las dos grandes monarquías helenas, lo mismo la espartana que la macedónica, representaron siempre un retroceso al Asia y nunca desmintieron que se fundaban en restos de castas y en fragmentos de privilegios. Pagana, completamente pagana la monarquía como acabamos de verlo por las descomposiciones del régimen republicano y por los advenimientos terribles de los primeros Césares. Así el imperio y el cristianismo, vivieron por espacio de cinco siglos combatiéndose y negándose por tener el imperio un carácter absolutista, por tener el cristianismo caracteres esenciales, todos ellos democráticos y republicanos. Los neo-católicos y los neo-absolutistas, desconcertados por la prosapia pagana del imperio romano y queriendo cohonestar la ortodoxia católica con la realeza tradicional, han sostenido ser la Iglesia por el Pontificado, una verdadera monarquía, tan fuerte y tan universal y tan robusta, como el mismo romano imperio. Pero se han olvidado que la Iglesia fué siempre una verdadera federación presidida por un jefe vitalicio y electivo; que los obispos fueron tribunos redivivos como los antiguos defensores de las ciudades; que las catacumbas no se prestaron jamás á imperios y á emperadores, de los cuales huían los reunidos en ellas, como de la muerte, y que los principios evangélicos de libertad, de igualdad, de fraternidad, no se compadecieron, ni pueden buenamente compadecerse, con los privilegios absurdos y los caracteres aristocráticos de la vieja realeza. Hubo una especie de monarquía cristiana en Bizancio cuando Constantino eligió esta ciudad por su corte y